

---

## *El lugar del sujeto*

**Jesús González Requena** (Universidad Complutense)

---

Lo que cristaliza a partir de Descartes en una episteme que aún nos domina pero que ahora, y me refiero a este preciso momento, a esta nueva década en la que comenzamos a descubrirnos inmersos, manifiesta clamorosamente sus límites es, quisiera justificarlo apresuradamente, la episteme comunicativa.

Pero voy a hablar de lo que se me ha propuesto que hable. De lo que debería ser el efecto sobre las asignaturas universitarias de eso que emerge en el psicoanálisis.

Dice Descartes: pienso, luego soy.

El problema de la racionalidad que así se funda —a la vez que se limita a sí misma— es el presupuesto que la sostiene. Pues lo que late en el discurso cartesiano es: yo hablo y otro me entiende y, en tanto que el otro me entiende, yo entiendo y por tanto soy.

Pues esto es lo que significa el pienso, el cogito cartesiano: que existe un proceso comunicativo en el que circulan mis enunciados de manera que puedo confirmar que los otros decodifican lo que yo he codificado, que pueden, en esa misma medida, recodificarlo y retornármelo.

No pretendo cuestionar la eficacia de la episteme comunicativa: sobre ella, sobre su articulación, se sostiene nuestra realidad contemporánea: todas las redes de significantes que tejen nuestro universo.

Sí quiero hablar, en cambio, de sus límites, y tal y como se manifiestan en nuestra experiencia universitaria.

Nuestras asignaturas, nuestras clases, participan todas ellas de este pre-

supuesto, como una suerte de norma institucional.

Los alumnos vienen a entender y nosotros ocupamos el lugar de quienes deben darles cosas a entender.

Ellos se colocan, más o menos voluntariosos, en su posición de receptores, de destinatarios, dispuestos a entender y a almacenar los conocimientos que les transmitimos con mayor e menor eficacia.

No quiero decir, por supuesto, que ellos, o al menos algunos de ellos, no demanden otra cosa. Lo que digo es que esa otra cosa, esa demanda, queda inarticulada, no se escribe.

Y bien: este es el problema: que lo que se juega en la novedad que todavía presiona por ser articulada en la teoría psicoanalítica tiene que ver con algo que no puede ser entendido. De ahí las extremas paradojas que sufren los profesores que pretenden enseñar teoría psicoanalítica. ¿Cómo poner en movimiento el saber psicoanalítico en esa red que tanto se opone a la experiencia del diván, en esa institución que se quiere espacio comunicativo de transmisión de conocimientos?

Los polos, los agentes del proceso comunicativo comparecen en ella como sujetos cognitivos, como operadores semióticos, codificadores y decodificadores, como agentes funcionales, como terminales comunicativas, en suma.

El problema es que ahí no se escribe el sujeto.

Hablo de ese sujeto que está desplazado del Yo, de ese Yo que entiende a los otros, se entiende en los otros y, en esa misma medida, dice ser.

Hay motivos sobrados para hablar de una episteme comunicativa: se extiende desde el conductismo-funcionalismo que impregna buena parte de la psicología y de la sociología a la teoría de la información y de la comunicación, pero también a la psicología cognitiva como a la lingüística y a la semiótica, y al conjunto del estructuralismo, como al positivismo lógico y, por qué no, a las filosofías del pensamiento débil.

Todas esas disciplinas participan de lo que Descartes sitúa como condición de todo conocimiento: que yo puedo ser un operador eficaz de significantes y, en esa misma medida, puedo ser un significante más de la red.

De Descartes a Wittgenstein no hay, después de todo, más que un ligero cambio de acento, eso sí, de intensos efectos dramáticos (pero es que Wittgenstein era un ser más atormentado que Descartes: sabía de la psicosis).

Pues si soy en la medida en que me hago entender en un proceso comunicativo, soy entonces en tanto que me entiendo: en tanto que me reconozco (porque me reconocen) como un significante.

Y bien, es muy coherente —aunque extraordinariamente poco sensato— que deba callar allí donde diga algo que no pueda ser entendido.

Claro está que Wittgenstein da un paso más, pero eso estaba cantado, veremos en seguida hasta que punto: se deshace del ser y del sujeto, pues ya no necesita ni nombrarlos, en la medida en que reconoce que las reglas que deter-

minan lo que puede ser entendido son las reglas del lenguaje: son las reglas mismas de los significantes.

Y a decir verdad, ciertas máquinas que configuran nuestro entorno han realizado la episteme comunicativa con extrema eficacia —con una eficacia, digámoslo enseguida, inhumana—: me refiero a los ordenadores. A las redes de ordenadores.

Máquinas conectadas entre sí que, en tanto participan de un mismo lenguaje (código, programa), entienden, se entienden.

Con una eficacia que sólo empieza a disminuir cuando se les acerca un ser humano.

Digo que se entienden, y quisiera que se oyera esta expresión en toda su polisemia. Pues como se sabe, además de nombrar la eficacia de un proceso comunicativo, nombra cierta complicidad que se establece entre quienes se identifican ("hay que ver que bien se entienden Juan y Margarita, hacen muy buena pareja"); y nombra, también, algo más preciso en el argot homosexual: así cuando se dice que "ellos se entienden" o, mejor todavía "ese entiende".

Retengamos una cosa de lo que la palabra nombra en el argot homosexual: los que entienden son los que no quieren saber de la diferencia sexual y buscan un cuerpo que la borre, que puede ser reconocido como igual a su propio cuerpo. —Aquí, como por lo demás entre Juan y Margarita, es lo imaginario lo que se impone.

En todo caso, los ordenadores se entienden de manera envidiable: son sujetos cartesianos, es decir, Yo es cognitivo-comunicativos que se reconocen entre sí (tienen nombres, incluso, con los que reconocen de qué puntos de la red proceden los mensajes que reciben) y que cumplen escrupulosamente la exigencia wittgensteniana: sólo hablan de lo que puede ser coherentemente articulado y bien entendido, eficazmente decodificado.

Ejemplar máquina wittgensteniana, el ordenador no acepta signos mal escritos, ni aquellos otros que no tienen significado operativo (por eso sus signos se llaman operadores o comandos), y muchos menos los enunciados que no estén correctamente gramaticalizados, y por supuesto, rechazan los lapsus y tampoco procesan los sueños.

En todo caso, conviene que recordemos que los ordenadores son idiotas. Es decir: que entienden todo lo que se puede entender, pero que no saben nada.

Pues bien: la existencia de los ordenadores, precisamente porque la comunicación entre ellos es tan pasmosamente eficaz, demuestra hasta que punto el enunciado wittgensteniano fue realmente performativo. Y es más: escotomizador.

Escotomizó toda una dimensión del lenguaje, la llamaremos, para diferenciarla de la lógica semiótica de los significantes, la dimensión simbólica.

Porque, de hecho, los seres humanos llevamos siglos hablando insistentemente (y aduzco este hecho como una prueba empírica) de eso precisamente

de lo que Wittgenstein dice que no se puede decir nada.

Insisto: pretendo hablar de la universidad: pues nuestras universidades han olvidado el digno sentido de su nombre y se encuentran lamentablemente escotomizadas. Es regla dominante en ellas que, en ellas, sólo se puede hablar de lo que se entiende.

Del sujeto, entonces, nada. No se lo escribe. La universidad parece haber renunciado a ser espacio de la experiencia del saber —y bien: no hay otro saber que el saber del sujeto.

Pero démonos cuenta de que el capitalismo, porque es tan cartesiano como wittgensteniano, ha ordenado nuestro universo en términos de circulación de significantes: el mercado, el valor de cambio, la productividad y la capitalización: todo eso se objetiva con significantes precisos, numéricos.

Así, los conocimientos que la universidad transmite deberán cuantificarse, capitalizarse literalmente: ser valorizados en el mercado de trabajo.

Pues bien: si el sujeto no se escribe es porque la episteme comunicativa es tan eficaz como tendencialmente paranoica. Como es tendencialmente paranoico el discurso de la ciencia que sobre su modelo se ha construido: un discurso que se quiere radicalmente objetivizado, es decir, radicalmente desubjetivizado. Es decir, todavía: absolutamente gramaticalizado, totalmente configurado sobre la lógica, la coherencia autónoma del significante. Un discurso en el que, por definición, el sujeto no puede escribirse.

Obsérvese, a este propósito, hasta que punto lo que el llamado método científico llama experimento científico es la negación radical, sistemática, de la experiencia.

Pues la experiencia es, permítaseme esta definición, experiencia de lo real.

Y lo que el experimento científico pretende es que ahí, en el experimento, todas las variables estén controladas: que ahí, en suma, de lo real nada: que todo responda a una ley, a una cadencia, a un orden, al universo, en suma, de la predicibilidad —que es el universo del discurso.

Para intentar hacer visible lo que en la episteme comunicativa hace tan intensa resistencia al sujeto, nombraré así lo que pugna por ser articulado en el texto psicoanalítico: que, a pesar de todo, hay sujeto, y que el sujeto sabe de lo real.

Y que, por eso, Yo no quiere saber nada de ello.

Que la universidad esta escotomizada, que no atiende demanda alguna del sujeto, pienso que eso lo vivimos todos los días. Y no lo hace porque se ha privado del instrumento para ello.

Ese instrumento es la palabra. Pues la demanda es demanda en, y de la palabra.

Y bien, donde reinan los signos, el orden lógico, formal, de los significantes, no hay lugar para la palabra. Y no hay lugar, por eso mismo, para la verdad.

Nuestra universidad, escotomizada, sólo quiere saber de la objetividad: es decir, de esos segmentos de realidad que pueden ser totalmente gestionados por la lógica de los significantes, por los códigos.

Pero como la verdad es algo esencialmente diferente a la objetividad, nadie parece querer hacerse cargo del problema de la verdad.

Y sucede, así, que la manifestación más pura, la más primigenia del pensamiento humano, la ética, ha desaparecido del espacio del conocimiento. Todo el mundo parece haber consensuado que la ética y la ciencia son dos cosas diferentes, independientes.

Y esto es tan radicalmente así, que, por ejemplo, nos hemos acostumbrado, consideramos normal la idea de que un tribunal universitario, de tesis como de oposición, responda a cualquier criterio menos a uno propiamente ético. Sencillamente, porque parece haberse eclipsado la ética del saber. Se hablará entonces de pactos, alianzas, intereses, grupos de poder... diversos criterios de funcionalidad, más o menos cuantificables, pero siempre más realistas que una verdad de la que se supone que no existe (el pensamiento estructuralista, en esto buen heredero de Wittgenstein, para certificarlo, hablará de efecto de verdad, de verosimilitud o de efecto de veridicción...)

Si la verdad no existe, de lo que se tratará entonces es de que las cosas sean funcionales, pragmáticas, operativas, verosímiles...

Y sin embargo, desde el campo psicoanalítico, podemos medir bien lo que se juega en esa interpelación que recibe un doctor, o un catedrático, cuando es destinado a formar parte de un tribunal. A oficiar de juez, nada menos. (Sabemos de la magnitud de eso, aunque sólo sea por el caso Schreber).

Quiero plantear la cuestión en términos psicoanalíticos: ¿en que puede autorizarse un profesor que va a osar hablar a sus alumnos después de haber negociado su palabra de juez a cambio de no se sabe exactamente qué exigencias de funcionalidad Yoica?

Sabemos sin duda, que ese profesor huirá de la demanda verdadera que el alumno le dirige: la de actuar como maestro. Es decir, la de oficiar como testigo de una palabra que pueda ser verdadera.

Pues esto es después de todo, lo que sorprendió al propio Freud que pretendía hacer una ciencia positiva, homologable junto a la química, la biología y la física de su tiempo: el descubrimiento de que, a pesar de todo, cierta palabra se hace oír, y que esa palabra es verdadera.

Y algo más: que es necesaria, urgente, una teoría de eso. Lo que hoy deberíamos quizás pensar como una teoría de las condiciones de la verdad.

Porque, quisiera añadirlo para concluir: de la existencia de lo real se deduce que nada está garantizado para el hombre.

Nada, y por tanto tampoco la verdad. —Que su existencia tiene un precio.

Pero si la verdad no existe, si no puede ser localizada, si nada puede

añanzarse para el sujeto como verdadero, entonces su experiencia de lo real solo podrá ser siniestra. O psicótica.

Esto, creo, es lo que empezamos a percibir en nuestro inmediato presente: que la eficaz malla de significantes operativos que teje nuestra realidad, en ausencia de verdad, de soporte simbólico, manifiesta una extrema debilidad.

Pero si alguien, todavía, lo duda, no tiene más que hacer un viaje de estudios a lo que hasta hace poco se llamara Yugoslavia. Pues eso, ahora, ni siquiera tiene nombre.

**El lugar del sujeto**, en Gerardo Gutiérrez, Eduardo Chamorro y Jordi Bachs: **Psicoanálisis y Universidad**, Profesores de Psicoanalítica de la Universidad, 1996.

[www.gonzalezrequena.com](http://www.gonzalezrequena.com)